

desde la tolerancia

El destino y la libertad*

Luis de la Barreda Solórzano

Me complace muchísimo que hayamos trabajado en esta cartilla con la diputada Patria Jiménez, cuya lucha me parece una legítima heredera de las luchas del Siglo de las Luces, de las luchas por la tolerancia que han venido abriéndose paso y ganando espacio contra enemigos muy poderosos, muy fanáticos y frecuentemente dispuestos a todo en su afán persecutorio.

Nuestra incomparable Sor Juana escribió:

*No amarte tuve propuesto,
mas proponer de qué sirve,
si a persuaciones sirenas
no hay propósitos Ulises
pues es, aunque se prevenga,
en las amorosas lides
el griego menos prudente
y más engañosa Circe.*

Y uno de nuestros grandes poetas y pensadores de todos los tiempos, Octavio Paz, en ese libro maravilloso que es *La llama doble. Amor y erotismo*, explicó que la idea del encuentro exige dos condiciones contradictorias: la atracción que experimentan los amantes es involuntaria, nace de un magnetismo secreto y todo poderoso. Al mismo tiempo es una elección. Predestinación y elección, los poderes objetivos y los subjetivos, el destino y la libertad se cruzan en el amor.

El territorio del amor, dice Octavio Paz, es un espacio imantado por el encuentro de dos personas. Si se da tal enigma en esa imantación,

*Participación en la presentación de la *Cartilla de derechos humanos para evitar la discriminación por orientación sexual*, el 17 de julio de 1998.

¿por qué han de molestarnos y, más aún, por qué hemos de perseguir las opciones eróticas que pueden calificarse de peculiares desde un cierto punto de vista, por ejemplo, el de una moral dominante?

Don Quijote inventa a una mujer (porque, recordemos, la que existe en el mundo fáctico no es Dulcinea sino Aldonza): Dulcinea del Toboso, a la que idealiza. El Caballero de la Triste Figura manifiesta su erotismo pensando en ella, brindándole sus batallas y ordenando a sus adversarios vencidos que vayan a rendir homenaje a su belleza incomparable. No quiere rozar siquiera con la punta de sus dedos el borde de la falda de la mujer amada.

Quizá pensando en este amor, otro de nuestros grandes escritores, Juan José Arreola, escribió: *Esa te conviene, la dama de pensamientos. No hace falta cortejo ni palabra alguna. Sólo, de vez en cuando, una atenta y encendida contemplación.*

Eros, divinidad cuyas flechas no respetan ni a Zeus, en lugar de enamorarse de una deidad, no obstante que las hay muy guapas en el Olimpo, se enamora de Psiquis, una mortal, con tal intensidad que cuando ella cumple el castigo, que le había sido impuesto por su curiosidad, de descender al palacio subterráneo de Plutón y Proserpina, él espera a que vuelva a la luz para recobrarla.

¿Por qué si me enamoro, por ejemplo, de una morena y no de una rubia quedo convencido de que entre las rubias y las morenas no solamente hay una diferencia estética sino una distinción ética? ¿Por qué nos enamoramos no de cualquier persona, habiendo tantas que nos rodean, sino precisamente de una, insustituible? ¿Por qué King Kong, dios de la selva que tenía las novias morenas más exquisitas, que abundaban en su isla, tiene que perder la cabeza por una rubia que no habita en esa isla, sino en Nueva York, donde el gran gorila no puede vivir?

Al pensar en esos misterios del amor, me provoca perplejidad que se pueda perseguir, despreciar, someter a la humillación colectiva, considerar enemigo público, encarcelar, agredir y asesinar en casos extremos a alguien por ser distinto aunque —aquí viene lo más importante— no haga daño a nadie.

Un caníbal, por ejemplo, no podría decir: “Respétenme, que soy distinto y yo me quiero cenar a un prójimo cada noche”. Bueno, si a este caníbal se le mete a prisión no es tanto por ser distinto sino porque su conducta es intolerable para la convivencia humana. Se le puede perseguir penalmente —se le debe perseguir penalmente— no por sus

ideas sino por sus cenas, las cuales ciertamente son una opción gastronómica, pero una opción gastronómica que afecta seriamente la convivencia civilizada.

¿Por qué tiene que condenarse a personas adultas, capaces psíquicamente, que deciden tener cierta índole de relaciones amorosas, eróticas o sexuales, sin afectar a los demás y en la intimidad?

Perseguir a alguien porque tiene esta opción distinta, opción que ya dijimos tiene que ver con un enigma misterioso según nos explica Octavio Paz, a mí siempre me ha parecido una persecución muy similar a la religiosa o a la ideológica. Por eso dije que las luchas contra tales hostigamientos son herederas legítimas de las luchas del Siglo de las Luces.

Otro de nuestros grandes poetas, que vivió en carne propia la condena por su preferencia erótica, Xavier Villaurrutia, sintió que:

*Amar es también cerrar los ojos
y dejar que el sueño invada nuestro cuerpo.*

Tal como para los que tienen una ideología o un credo distinto del nuestro, o un color de piel distinto del nuestro, para quienes tienen un sino sexual diverso también debe brillar, absolutamente y sin restricciones, el sol de la tolerancia.